

4 «He dejado de lado los corsés por completo»

Vaca Diez esperaba encontrarse con Nicolás Suárez y Fitzcarrald en Iquitos, pero según Lizzie la reunión nunca se realizó. Fitzcarrald estaba a mil millas río arriba y Suárez se encontraba en una de sus barracas, o centros de control, en la frontera boliviana. Afortunadamente, Vaca Diez encontró a un amigo en Wechse, porque los problemas que llegaban desde cada dirección se estaban apilando. De vuelta en Londres, a la edad de sesenta y cuatro años, Francisco Suárez había muerto en los primeros días de febrero; sin hacer testamento, dejaba unas 74.000 libras y su casa en Compayne Gardens, Hampstead. Había estado en posesión del poder notarial de Vaca Diez y virtualmente controlaba la empresa y sus recursos de caja. En Iquitos, la aduana estaba creando problemas, como había comentado Lizzie el 12 de marzo, poco después de su llegada:

Nuestras lanchas se están moviendo muy lentamente, tenemos que esperar tanto tiempo para la gente de la Casa de la Aduana. Suponemos que estaremos dos semanas más.

La vida era impredecible y por lo tanto excitante.

... luego vendrá la mejor parte del viaje; aquí hemos conocido a varias personas quienes han viajado una parte del camino, y dicen que es un viaje muy hermoso y muy interesante, pero nos llevará otros cuatro meses ir desde aquí hasta el Orthon.

Para todo patrón del caucho era esencial disponer de un barco, o de varios, a fin de recolectar las pesadas bolachas, o bolas de caucho, desde sus terrenos a lo largo del río. Dos pequeñas y desmanteladas lanchas con casco de hierro ya acompañaban la expedición y, cuando Suárez y Fitzcarrald unieron fuerzas para explotar la nueva ruta en el laberinto fluvial más allá de Ucayali, Suárez inmediatamente encargó dos pequeños vapores. Compró uno en Iquitos, el Bermúdez, y otro, el Unión –una pequeña lancha de vapor con techo y alta chimenea– lo encargó en Europa. Las lanchas que Vaca Diez trajo a Iquitos eran la Cintra, de cinco toneladas, y la Adolfito, de ocho. Vaca Diez también compró un pequeño remolcador, el Bolívar; en Orthon, ya listo y esperando su llegada, tenía además otro, el Sernamby. Esta flotilla no era meramente un símbolo de estatus –muchos mercantes en Pará tenían un número mayor de barcos–, sino que Vaca Diez, Suárez y Fitzcarrald estaban decididos a controlar la red de vías fluviales que, si se desplegaban, llegarían desde Londres a Nueva York.

La planificación de tal avance mantuvo ocupados a Vaca Diez y a Fred durante casi tres meses, y la demora dio a Lizzie mucho tiempo para escribir y recibir cartas de casa.

El sábado pasado celebramos una fiesta aquí en la casa. El señor Weiss fue padrino del hijo de su socio y el bautismo se hizo aquí. Los invitados bailaban y cantaban, y había mucho champán. Las damas recibieron pequeñas flores como recuerdos (adjunto la mía), y los caballeros monedas atadas con cinta.

Para los últimos días de marzo se había hecho algo de progreso. Las lanchas se encontraban en el río, pero no sin problemas. Vaca Diez pronto descubrió que, como hombre con dinero, se daba por sentado que él pagaría los precios más altos. Por cierto que no quería tener un barco grande sobre el Ucayali hasta no saber los términos precisos de su trato con Fitzcarrald. En este punto, Lizzie estaba consciente de las dificultades:

El próximo miércoles harán cinco semanas que habremos estado aquí, y todavía ignoramos cuándo podremos seguir viaje. Estamos intentando alquilar una lancha, la Laura, pero creo que solamente nos la quieren vender. Es mucho más grande que la nuestra y mucho más cómoda. Formé parte de un viaje de prueba en una de nuestras lanchas y la caldera quedó sin agua. Estuvimos a la deriva durante una hora y media mientras la volvían a llenar, para que recobrara fuerza. La gente estaba asustada y preguntaron por toda la ciudad para saber si habíamos vuelto, y habían salido a nuestro rescate cuando aparecimos. No pienso hacer otro viaje de prueba; en cuanto atraca el barco, llegan los mosquitos a comerte cruda.

Sus cartas continuaban, algunas describiendo detalles cotidianos: «Hemos tenido varias tormentas también», «Hoy estamos esperando la llegada de un vapor con el correo europeo: uno llegó la semana pasada, pero sin traer noticias». A veces habla también de los planes que tienen: «Estamos llevando un médico inglés con nosotros. Es muy simpático y será un buen compañero para nosotros; lo conocimos aquí en Iquitos, pero Fred lo contrató en Pará».

Para mediados de abril llegaba desde el sur el tiempo más fresco y seco. Todavía se encontraban en Iquitos y, aunque Lizzie nunca lo sugirió, la demora fue seguramente tramada por los lugareños con el fin de entretener a Vaca Diez. El río empieza a bajar muy rápido después de abril, por lo cual los viajes llegan a ser más lentos e implican más gasto para las lanchas.

Cónsul [sic, consulado] alemán, Iquitos, Perú
Miércoles, 14 de abril de 1897

Mis queridos papá y mamá:

Nos encontramos en Iquitos todavía y estamos muy bien de salud. Mi apetito sigue siendo enorme y he aumentado cinco libras de peso.

Esperamos zarpar esta semana a bordo de la Laura, una lancha muy linda que pertenece al señor Weiss, el caballero con quien nos estamos hospedando; sin embargo no hay cabina, por lo que van a hacerme un biombo de lona donde me podré vestir, etc. Tiene dos cubiertas: compartiremos la superior con Vaca Diez y dos o tres personas más, y la inferior es para los demás. Luego vamos a tomar nuestras dos pequeñas lanchas de vapor.

Su destino se ubicaba a más de mil millas por río desde Iquitos, por afluentes poco profundos. La ruta descubierta por Fitzcarrald era terreno nuevo para Vaca Diez y, aunque muchos lancheros peruanos conocían el Ucayali, los ríos que fluían hacia ese río en los tramos más altos eran otra cosa. La ruta de Fitzcarrald se había intentado solamente dos veces con anterioridad y, mientras que era navegable a lo largo de casi todo el trayecto, era necesario un corto acarreo a través de la selva: toda la carga tenía que descargarse y ser llevada entre los dos ríos, por lo que a Vaca Diez se le aconsejó vender muchos de los bienes traídos desde Europa. Fred y Vaca Diez hicieron un trato con el socio de Fitzcarrald: tenían que confiarle las cajas y los baúles que contenían el equivalente a miles de libras de *stock*, consistente en su mayoría de lujos europeos. Finalmente pusieron a cargo a algunos de su propia gente, como explicó Lizzie:

La mayor parte de nuestro cargamento se va a dejar aquí, y han arreglado con una tienda que lo va a vender. Dos o tres de los

nuestros se quedarán a cargo. Es una lástima que no podamos llevar todo porque son artículos que nos vendrían muy bien en Orthon, pero por la ruta que vamos a tomar será imposible.

Desde el sábado pasado hasta el lunes viajamos hasta el Ucali en uno de los barcos de Weiss; todos los caballeros de la casa, Fred y yo y el médico inglés. Fuimos primero a Puritana, una pequeña aldea donde hay un aserradero. Pero los mosquitos eran tan terribles que nos quedamos unas horas nada más. Tienen algunas maquinarias muy finas para cortar la madera, pero tanto las casas como los indígenas eran muy miserables y no sé cómo hacen para mantenerse fuertes. Los indígenas viven de una raíz que se llama *euchre*, que es como una papa, y bananas cocidas, pero es maravillosa la forma en que trabajan. Luego subimos hacia una aldea donde hacen *cachace*: es una bebida espirituosa hecha de la caña de azúcar y es muy fuerte. Allí nos quedamos unas horas. Desembarcamos en canoas. Es una aldea muy próspera, con algunas reses espléndidas y cualquier cantidad de cerdos que viven de los desechos de la caña de azúcar.

Comimos en el barco y también dormimos en hamacas a bordo, pero debajo de redes debido a los enjambres de mosquitos que había. Nos divertimos mucho y hubiéramos deseado que todos ustedes pudieran venir con nosotros para ver la campiña y la gente rara, algunos de los cuales son iguales a los animales.

A Lizzie no le llevó mucho tiempo asimilar la costumbre de creer que los indígenas no eran personas. Para los lugareños, eso no era más que una expresión de superioridad social producto de tres siglos de dominio europeo. Aun en años recientes, se ha vuelto común en países amazónicos hispanoparlantes escuchar la observación «no son gente, son animales».

De Iquitos en adelante, las cartas de Lizzie estaban salpicadas de comentarios acerca de los indígenas o ‘salvajes’ -no era su opinión, sino nuevamente se trataba del término local para los indígenas selváticos que mantenían poco o ningún contacto con la civilización-. El *euchre* que mencionó varias veces era ciertamente *yuca*, la mandioca dulce silvestre, usualmente hervida y a veces también frita. *Cachace* era *cachaça*, el nombre brasileño para un alcohol casi puro destilado de la caña de azúcar, y el uso del nombre brasileño refleja la influencia de ese país en aquel momento en todo el Amazonas. Hoy en día, la misma bebida espirituosa se vende en Perú como aguardiente.

El día 17 seguían en Iquitos y Lizzie decidió escribirle a Nell. Nuevas mascotas sustituían a su familia, y le contó a su hermana acerca de esos amigos animales. Bib era Edith, la hermana de Lizzie, que tenía sólo dieciocho años cuando Lizzie y Fred partieron, y en el recuerdo de Nell era «un carácter fuerte». Lizzie claramente no pensaba dejar que la distancia, aun a través del Amazonas, la separara de la familia Mathys.

Iquitos, Perú
17 de abril de 1897

Mi querida Nellie:

Me alegró mucho recibir tu carta y leer sobre tu Navidad y tu cumpleaños. Ciertamente recibiste de regalo muchas lindas cosas. Ojalá yo hubiera estado ahí para colgar en la chimenea mi calcetín navideño, pero me encontraba en Lisboa el día de Navidad. Cuéntale a Bib que aprecio mucho que escriba cartas tan largas a Orthon, y también espero que esté disfrutando de todos los bailes. Seguramente lucía muy bien en su vestido nuevo. Debo contarte que no es muy fácil escribir aquí porque los mosquitos están al acecho de mis manos, las moscas están zumbando alrededor de mi cabeza y una avispa está construyendo su nido en la parte de arriba de mi espejo; además algunas hormigas están llevando un escarabajo a su nido, así que me mantengo muy ocupada observando todas esas cosas.

Me agrada saber que están malcriando a mi Polly, y también que tu Kitty se encuentra mejor ahora. Te enviaré algunas fotos de mi nueva familia cuando llegue a Orthon. No volvimos a ver a Bill Sikes, lo deben haber robado, pero nuestro médico tiene un perro y el señor Vaca Diez tiene otros dos grandes y así tengo algo con que embobarme de vez en cuando.

Debes aprender todo lo que puedas mientras estés en la escuela. Me alegró saber que estás aprendiendo a tocar el piano. ¿Te gusta?

No aparece Fred en ninguna de las fotos que te envié, aunque sí está en algunas que tomamos aquí y, cuando estén reveladas, las enviaré con esta carta. Está mañana estoy muy ocupada empaquetando y a la tarde voy a pedir a todos los caballeros que vengan y se sienten sobre mis cajas porque no cierran.

Esta tarde debo hacer una red para nuestros catres, porque aparte de los mosquitos en el río Ucayali hay muchas mosquitas negras que tienen una picadura aún peor y pasan por la red que tenemos actualmente. Hemos visto varias hermosas mariposas, pero no empezaremos a coleccionar antes de llegar a Orthon.

Coleccionar era un pasatiempo favorito de los viajeros victorianos. Tal vez se hacía de una manera bastante indiscriminada, pero casi todo era nuevo para ellos.

Las cartas enviadas a Lizzie que ella menciona a continuación nunca fueron devueltas, así que no se sabe cómo George se lastimó el brazo. Pero era ingeniero, por lo que pudo haber sido un accidente de trabajo.

Consulado alemán, Iquitos, Perú
26 de abril de 1897

Mis queridos papá y mamá:

El viernes pasado recibí dos cartas de ustedes dos días después de mi cumpleaños, también una de Nellie y otra de Rosie. Estuve tan encantada que las he leído por lo menos seis veces cada una. Fueron las primeras noticias que recibimos en tres meses, y las últimas que recibiremos por otros tres meses más. Llevaban fecha de febrero, una del día 7 y la otra del 28.

Me alegró saber que ustedes están todos bien y que todo marcha correctamente. Espero que a Bib le guste su empleo; será mucho más lindo para ella cuando llegue el buen tiempo. Nos hemos olvidado de las heladas y la nieve, ya que el tiempo aquí es siempre tan caluroso. Espero que el brazo de George esté mejor ahora. Por favor, den mis cariños a la familia Straker. En cuanto estemos establecidos en Orthon les escribiré, pero estoy muy contenta de que les guste mi Polly y de que ella esté contenta con ellos.

Estoy segura de que cuando lleguemos a Orthon me estará esperando una enorme pila de cartas. Ya las estoy ansiando. No tienen idea cuánto anhelo noticias de todos ustedes; nadie puede saberlo hasta que no se ausenta durante varios meses.

En el día de tu cumpleaños estábamos navegando por el Amazonas a bordo del Rio Branco, pero sí pensamos en ustedes. No me imaginaba que tenías cincuenta y siete años: para mí aparentas ser mucho más joven. No creo que vayas a envejecer nunca: los niños no te van a dejar.

Rosie parece estar contenta en su nueva casa. Sólo espero que Ben prospere en su nuevo emprendimiento.

Pienso que ahora pueden despachar las revistas sin problema, y estaré tan feliz de recibir algo para leer del Viejo Mundo. Ya he leído casi todos mis libros.

Esperamos estar en Orthon dentro de tres meses. He visto una imagen de nuestra futura casa: es muy grande, con una veranda alrededor. Será toda para nosotros excepto cuando el señor Vaca Diez esté en Orthon y viva ahí también. Los sirvientes son indígenas y sólo trabajan bajo la amenaza del látigo. No sirve ser amable, sólo se ríen de ti. Es gente perezosa, pero creo que son fieles. El clima vuelve perezosos a todos; no puedo trabajar en absoluto, miro por la ventana, duermo y como, pero trabajar no puedo.

Lizzie esperaba sentada en la casa de los Weiss en Iquitos, subiendo de peso pero sin mencionar su dieta. Un menú amazónico rara vez llega a ser de clase *gourmet* y es poco probable que ella haya visitado cualquiera de las pequeñas casas de comida –aún menos las tabernas– manejadas mayormente por italianos y españoles. La cocina

alemana recibía comida enlatada desde Europa, incluyendo *petits pois* de Francia. La leche y los huevos escaseaban, y la comida de cada día consistía en carne disecada *charqui*, bacalao disecado de la costa brasileña y *paiche* fresco, es decir el arapaima, uno de los peces más grandes del Amazonas que puede llegar a pesar 300 libras y medir más de 9 pies de largo. Al agregar a estos inusuales alimentos unas papas, que tenían que importarse y eran frecuentemente incomibles al llegar, el plato principal de una comida bien podría ser poco atractivo. Por suerte, el champán era abundante.

Por lo tanto, a fin de abril, Vaca Diez estaba a punto de partir, y Lizzie también. No encaraba la próxima etapa del viaje con evidente aprensión o gran emoción, pero sí con una leve mejoría en su estado de ánimo. Tenían a disposición la Laura, bajo sus propias reglas:

Partimos de Iquitos el miércoles en la lancha de vapor Laura; tiene dos cubiertas, en la superior seremos seis personas, en la inferior unas veinte. Además, estamos enviando dos lanchas más pequeñas con unas doce personas, así que de las quinientas que éramos quedamos unas cuarenta personas; pero no lo lamentamos, pues habría sido difícil lograr que todos viajaran por esta ruta. Tal como están las cosas dejamos casi todo nuestro cargamento aquí, a cargo de unas seis personas, y más tarde lo mandaremos a buscar. Amablemente me tienen compasión y me han confeccionado un biombo de lona, y también un W.C. Anteriormente la lancha no disponía de W.C, y la gente tenía que sentarse en el riel. Tampoco hay cabina, pero estaré bien con mi biombo. Además, tengo una mucama francesa, la esposa de nuestro cocinero, para que me atienda durante la travesía. Soy una presumida: no se imaginan cómo me miman.

El Amazonas estaba en un nivel levemente inferior a su nivel más alto. Dejando la casa de los Weiss con porteros indígenas llevando el equipaje de último momento, Lizzie y Fred caminaron por la vereda en muy mal estado de la calle Próspero; debían esquivar pilas de escombros, suciedad y excrementos humanos, por lo que Lizzie sostenía un pañuelo perfumado en su nariz. Aparte de la casa del señor Weiss, sólo la cárcel y la Prefectura, sede local de gobierno, parecían estar hechas para durar.

Bajar al río implicó abrirse paso por encima de los troncos cubiertos de basura e infestados de ratas. No tanto por presión del espacio sino que, como se estilaba en aquellos días, algunas personas vivían en casas erigidas sobre balsas que se posaban sobre el barro en la estación seca, pero luego se inundaban cuando el río estaba alto. Algo de esto ella mencionó a sus padres, dejándoles la posibilidad de agregar mayores detalles producto de su propia imaginación.

Estamos disfrutando de una experiencia tal que no se imaginan, viajando por paisajes hermosos y viendo todo tipo de personas. Algunos de los indígenas viven enteramente sobre balsas a las orillas del río y son casi animales en sus hábitos.

Pasé un lindo cumpleaños: todos brindaron por mi salud con champán. Además recibí unos hermosos regalos: un lindo anillo de Fred, una caja de perfume y un jabón de París de parte de Vacca Diez, y un par de floreros de un caballero que es parte de nuestra expedición, y varios ramos de los otros caballeros aquí. Yo sólo precisaba noticias de casa.

Desde Pará habían viajado casi directamente al oeste por el Amazonas. Con muy poca variación en amplitud, y aún menos en la densidad de la vegetación, el Amazonas atraviesa Sudamérica justo debajo del ecuador, a través de la selva tropical más extensa del mundo. En Iquitos, cuatro millas separan una orilla arbolada de la otra, y nada más que una isla que está en medio del cauce enfrente de Malecón suaviza el impacto de las reales dimensiones del río. Buques de carga transoceánicos rara vez visitan Iquitos ahora, y pocos viajan más lejos río arriba. Pero en 1897 la economía del Amazonas superior era diferente, las naves eran más pequeñas y, más allá de Iquitos, los afluentes del Amazonas peruano por sí solos alcanzan a más de un cuarto de millón de millas cuadradas de tierra. Durante la estación de crecidas, de diciembre a mayo, otras 5.500 millas de río son navegables para buques con un calado de hasta ocho pies, y otras 4.000 millas para vapores de hasta cuatro pies. Era muy común entonces ver vapores de hierro de todo tipo: surcaban las rutas fluviales lanchas, vapores de dos o tres cubiertas y hasta el ocasional vapor con rueda en la proa estilo Misisipi.

Más arriba de Iquitos el Amazonas continúa por casi 150 millas, curvándose gradualmente hacia el sudoeste hasta que el nombre Amazonas se deja de usar en favor de dos afluentes inmensos, el Marañón y el Ucayali, que entran caudalosamente desde los Andes. Cada afluente tiene defensores que sostienen que uno u otro lleva a la verdadera naciente del Amazonas. A la derecha, mirando río arriba, el Marañón, el peso pesado en términos de volumen, pues nace a más de 16.000 pies de altura y, a poca distancia a vuelo de pájaro desde Lima, la capital. A la izquierda el Ucayali, más largo pero con menos agua, que nace en los Andes mucho más al sur, como Lizzie iba a descubrir. Al navegar río arriba por cualquiera de estos dos gigantes, puede seguirse la traza de otros ríos hasta bien adentro de las montañas, donde al abrirse las nubes puede vislumbrarse la nieve.

Fitzcarrald tenía una barraca en Mishagua, ubicada en la orilla del río Urubamba, un afluente del Ucayali, a varias semanas de viaje al sur. Antes de partir Lizzie escribió a casa, sin mencionar a Fitzcarrald por su nombre.

Tras cuatro semanas subiendo por el río Ucayali, nuestra próxima parada será Mishagua. Es una ciudad que consiste de una choza principal, siendo todas las demás de los indígenas. Nos estableceremos en esa choza, así que estaremos bien cuidados. Calculamos estar ahí durante dos semanas, cuando empezará nuestro viaje en canoa. El agua está muy baja para que las lanchas puedan subir más; será la parte más difícil de nuestro viajecito, pero lo lograremos. A Vaca Diez le gusta cuidarse solo y estamos siempre con él. Llevaremos mucho buen vino y coñac y también galletitas. Después de partir de acá no tendremos más pan.

[...] Si tengo la posibilidad, escribiremos más desde Mishagua, el último lugar desde el cual podremos comunicarnos hasta que llegemos a Orthon. Den mis cariños a todos y sólo quiero pedirles que no se cansen de escribir.

Adiós, mis queridos papá, mamá: en cuanto esté bien establecida, escribiré a todos los chicos uno por uno para mantener vivos sus recuerdos.

Con cariño de vuestra hija que los quiere,

Lizzie

Fred manda su cariño a todos ustedes; está muy ocupado en este momento.

Deben haber ido directamente al Ucayali antes de atracar en alguno de los muchos poblados que hay por ahí. Una vez en el Ucayali, el único cambio notable es en la corriente, que generalmente fluye alrededor de tres nudos y medio más rápido. Fuertes remolinos y agua turbulenta hacen que la navegación sea un dolor de cabeza permanente, pero durante mayo el nivel del agua en descenso implica un progreso lento. A su debido tiempo llegaron a Contamana, un puesto remoto de los recolectores de caucho situado en la orilla izquierda.

A bordo del Laura, Contamana, Perú
Sábado, 15 de mayo de 1897

Mis queridos papá y mamá:

Hace exactamente una quincena que estamos en camino y hemos completado una cuarta parte del viaje a Mishagua. El agua está muy baja y a veces casi hemos encallado, pero como ha llovido copiosamente la nave tal vez suba de nuevo.

Estamos progresando muy despacio; navegamos durante dos días y luego tenemos que esperar dos días más por las lanchas más pequeñas, que no pueden seguirnos el ritmo.

Estamos muy cómodos en esta lancha. Tengo una hermosa cabina pequeña y hay mucha gente para atendernos, y hasta ahora esto ha sido la parte más linda del viaje. Sin embargo, Fred tiene

muchos temas en que preocuparse con todo lo que debe arreglar y solucionar. Personas que por una u otra razón no están conformes se acercan a él con sus problemas.

El río es muy hermoso. Es aún más grandioso que el Amazonas, aunque está lleno de pequeños remolinos y la corriente es muy fuerte; a veces nos movemos a toda velocidad pero sin avanzar más que una yarda por hora.

Fred y el médico han matado a tiros a varios caimanes, el río está repleto de ellos. También mataron a un cerdo salvaje y algunas garcias, que son las aves con plumas vistosas en el pecho.

Hemos parado en varias aldeas y en todas me reciben con regalos. La gente es muy hospitalaria, me mandan aves de corral, huevos, bananas, flores, y en un lugar me mandaron un fardo de maíz, y toda clase de extraños regalos. Ellos piensan que soy alguien de importancia en este país.

La garcia de la cual habló era una especie de garceta cuyas plumas se exportaban a Europa en esos años, básicamente para adornar sombreros. Si Lizzie hubiera estado en el Marañón, que representaba una ruta más corta a los Andes vía Yurimaguas, no habría sido vista como algo tan inusual, pero en el Ucayali, más allá de Contamana, ella era una de las pocas viajeras europeas. La evolución del comercio del caucho había asegurado la exploración del territorio y la mayoría de los grandes afluentes que llegaban desde los Andes y que entraban por la orilla derecha eran rutas muy utilizadas hacia las montañas. Uno de ellos, el río Pichis, llevaba al arriesgado Camino del Pichis, abierto aún hoy; pero como resultado del abandono su largo sendero zigzagueante se ha convertido en un paso de pesadilla a través de barrancos boscosos.

A lo largo del Ucayali inferior Lizzie conoció a los indígenas shipibos y conibos, las primeras personas de la selva que vio en su viaje. La modestia debe haberle impedido mirar demasiado fijo las decoraciones pintadas en sus cuerpos, ya que los indígenas se vestían sólo parcialmente. Las mujeres de la tribu no usaban más que una simple pollera o un taparrabos, y algunos de los hombres estaban totalmente desnudos: «muy extraños en su vestimenta y sus costumbres», dijo Lizzie de forma eufemística. Los shipibos, los diminutos «gente mono», y los conibos, la «gente pez», acostumbraban a luchar entre ellos. Ambas tribus se ennegrecían las dentaduras al masticar un pimiento que cultivaban para ese propósito y algunos llegaban a limar sus dientes, pero a pesar de su apariencia eran amigables con Lizzie. Esta gente de baja estatura ha sido motivo de fascinación para antropólogos durante muchos años. En época de Lizzie se cubrían el cuerpo con curiosos diseños geométricos de líneas finas, usando diseños parecidos en su alfarería y sus remos de canoa. Entre sus costumbres, los viajeros habían notado la desfloración femenina ritual y la práctica de deformar la cabeza de sus bebés.

Lizzie escribió a casa narrando el paisaje a través del cual viajaban, del que surgió el último miembro de su siempre cambiante colección de mascotas:

Me han regalado un simpático monito. Es tan manso que se pasa el día corriendo por todos lados atrapando moscas y arañas. Cuando se cansa viene a buscar mimos y se enrosca debajo de mi brazo o alrededor de mi cuello. Me habla en su propio idioma y siempre sé lo que quiere.

En un lugar desembarqué y practiqué tiro de revólver. No disparé a nadie o a nada intencionalmente.

Los indígenas son bastante amables en este río pero son muy salvajes en sus vestimentas y hábitos. No quisiera encontrarme con ellos a solas. La mayoría son muy tímidos.

En algunos lugares hay miles de mosquitos. Te acaloran tanto y te vuelven tan irritable que la única manera de espantarlos es seguir abanicándote. En otros lugares no hay ninguno y cuando el barco está en movimiento no los sentimos.

Todas las aldeas son del mismo estilo y consisten simplemente de chozas hechas de hojas de palmera, cañas de bambú y madera cruda con pocos muebles, o ninguno, y todos duermen en hamacas.

No sé si ustedes recibirán esta carta. Las vamos a dejar aquí y el próximo vapor que vaya río abajo las llevará a Iquitos, pero escribiré en cada oportunidad que tenga para hacerles saber de nuestro progreso.

Los dos estamos bien. Nunca en mi vida me sentí tan bien. Fred se dejó la barba y se ve muy paternal.

A veces el tiempo es bastante fresco y una noche llegué a tiritar; pero ahora hace mucho calor, y llueve casi todos los días.

Espero que estén muy bien y que todo vaya como de costumbre.

Deben transmitirles a Rosie y a Alice estas noticias, ya que no les escribiré a ellas. Hoy hace cinco meses que partimos. No me parece mucho tiempo; ¿a ustedes?

Alice era la mayor de los hijos Mathys, respetada por sus hermanos menores porque había sido la encargada de mantenerlos a raya. Lizzie rara vez hablaba de ella: se había casado antes que Lizzie y vivía en Southampton.

No sabemos cuándo llegaremos a Orthon. Estaré muy contenta, estoy cansada de viajar. Te ensucias tanto, tu ropa también se ensucia y vestirse se hace tan incómodo que será lindo poder vestirme y estirarme en un cuarto una vez más. Vivimos muy bien y a veces comemos platos extraños. Nos dan banana cocida y *euchre* con cada comida y también maíz asado, que es muy rico. Siempre disfruto de la comida porque a veces tengo tanta hambre. Ahora

me despido, con cariños a todos y a ustedes de vuestra hija que los quiere.

[...] No creo que encuentren esta aldea en el mapa, es muy pequeña, pero la próxima, Cumaria, tal vez puede estar. Estaremos ahí en dos días.

Varios nombres, o la importancia de los lugares que se encuentran a lo largo de la ruta, han cambiado desde el viaje de Lizzie. Pucallpa, un puerto fluvial muy activo sobre el Ucayali, no existía en la década de 1890; creció gracias a la construcción de la conexión por carretera a través de los Andes a Lima. La aldea de Yarina, a 5 kilómetros de Pucallpa, sobre la Yarinacocha, una laguna cuyo nombre significa 'lago de yarina' (una palmera que produce marfil vegetal), figuraba en los mapas del siglo XIX, pero la Laura no atracó ahí. En su lugar continuaron río arriba, esperando llegar a Cumaria. La famosa Casa de Cumaria, construida en los días del caucho, todavía existe apartada de la orilla izquierda del río, y en un momento era el mejor establecimiento en el cual hospedarse. Pregunten a un hombre del río y él calculará la distancia en días hasta y desde Cumaria.

Siguieron navegando porque la única manera en que podían completar el viaje era pasando largas horas en el río. A veces, al navegar una curva interior, se mantenían cerca de la selva, pero después seguían por el canal profundo de un meandro. Para mediados de junio habían llegado a otra confluencia importante. A la derecha, saliendo por detrás de un alto terraplén, entra al Ucayali el río Tambo, que nace en las montañas del extremo sur de Perú. El Tambo cambia su nombre tres veces en su caída hacia las tierras bajas del Amazonas: Apurímac, el 'gran orador', es el nombre usado por los incas de las tierras altas; entre las tribus selváticas se llama Ene, y luego Tambo. Lizzie había llegado al lugar donde al Tambo se le une otro río poderoso, el Urubamba, que nace más allá de Cuzco, la antigua ciudad capital incaica. Ahí arriba en las montañas el río se llama Vilcanota, pero cuando pasa por Machu Picchu, la ciudad 'perdida' de los incas, ya lleva el nombre de Urubamba. El punto donde se encuentran el Tambo y el Urubamba está aislado aun hoy, y la única manera rápida de entrar es en avioneta. Cuando Lizzie estuvo en ese lugar, era tierra virgen sólo conocida por algunos caucheros.

En esta sección del Amazonas, el obrero típico era el indígena selvático. Los patrones acostumbraban organizar cacerías o 'correrías' de indígenas durante las cuales las tribus eran arreadas y se llevaban a los miembros más fuertes, mientras que los más débiles eran torturados y asesinados. Hacia finales de la década de 1940, un viajero estadounidense descubrió que un patrón, cerca del lugar donde Lizzie escribió su siguiente carta, todavía usaba una 'caja de torturas' o 'ataúd de castigo': hecha de madera y chapa ondulada, la caja no medía más que el tamaño de un cuerpo y, una vez adentro, la

pobre víctima no tenía espacio para moverse, y así lo dejaban que se cocinara al sol. Si bien algunos han sostenido que exageraba, el estadounidense anota que a menudo el prisionero enloquecía, pidiendo clemencia a los gritos. Sin embargo, quince años más tarde, en ese mismo lugar todavía se mantenía en servidumbre a muchos indígenas, incluyendo niños.

A bordo del Laura, río Tambo, Perú
16 de junio de 1897

Mis queridos papá y mamá:

Para comenzar, ¿qué opinan de mi dirección? Hemos llegado tan lejos y ahora estamos inmovilizados. Estamos justo en el punto donde se encuentran el Ucayali, el Urubamba y el Tambo, a una semana de Mishagua. El agua está demasiado baja como para permitirnos subir más; lo intentamos, varamos y tuvimos gran dificultad en volver a zarpar, pero lo logramos y hemos anclado a poca distancia en el Tambo en un lugar muy hermoso, bastante salvaje. Nadie jamás estuvo aquí. Tenemos un hermoso manantial que baja de las montañas y que apreciamos mucho, pues el agua fresca es ahora todo un lujo para nosotros. Las montañas, que son muy grandiosas, están de un lado y hacen que el aire sea fresco. Es un clima realmente muy placentero.

Hemos despejado un espacio en la selva y cada tarde vamos ahí a dormir en nuestras hamacas, y a las cuatro nos traen la cena. Sería más placentero si no hubiera tantos insectos; la madera está infestada de grandes hormigas y escarabajos, y tenemos una linda colección de arañas. Han invadido nuestro jardín unos tremendos ciempiés y varias serpientes. Ahora les debo contar de nuestros planes, pero hay tanto que narrar que no sé dónde empezar.

La barraca de Fitzcarrald estaba ubicada a una buena distancia por el Urubamba. Por encima de la confluencia, el Urubamba sigue siendo ancho y marcadamente parecido al Ucayali, por lo menos durante un par de días de viaje. Pero de ahí en más los peligros aumentan. El río se torna menos profundo y contiene muchas obstrucciones ocultas, en su mayoría árboles caídos y bancos de arena. Durante la estación lluviosa la corriente poderosa va arrancando las orillas, socavando la selva y haciendo caer grandes extensiones de ella al río. Cientos de miles de toneladas de tierra y de madera pueden colapsar con un rugido que se escucha a varias millas de distancia; de golpe, el río está lleno de barro y de desechos. Sin embargo, nada detiene la incesante presión del agua que se precipita por estos ríos andinos. Árboles de 150 pies de altura, con raíces extendidas que miden hasta 50 pies de un lado a otro, son arrojados como astillas de madera en el viento. En las curvas pronunciadas donde se forman remolinos,

estos gigantes quedan girando como una perinola, con sus hojas y ramas más pequeñas arrancadas en el torrente. Luego, con la baja del nivel del agua, los árboles se traban. Un palito meciéndose de forma rítmica siempre en el mismo lugar dentro de la veloz corriente es indicio seguro de un obstáculo debajo. A veces no hay ni siquiera un palito: solo pequeñas olitas en la superficie.

Los cuatro intentamos subir por el Urubamba en una lancha pequeña. Estuvimos fuera dos horas; en ese tiempo varamos once veces, luego la corriente nos llevó de regreso hasta avistar la Laura, y es ahí cuando dimos con un árbol que se encontraba debajo del agua. Casi volcamos pero, con la excepción de un hombre que cayó al agua, y a quien rescatamos, y la pérdida de nuestras ollas y cacerolas, no sufrimos ningún daño. Asustamos a la gente a bordo de la Laura que nos veía y gritaba a viva voz pensando que nos habíamos perdido. En ese momento todos habíamos soportado ya demasiado, así que volvimos. El día siguiente, enviamos una canoa grande con seis personas a Mishagua. Tienen que traer canoas para todos nosotros, así que tendremos que terminar lo que queda del viaje en canoa. Las esperamos para mañana.

Una de las lanchas aun no apareció, pero recibimos noticias de ella hoy. La tripulación entera desertó, por lo que les mandamos ayuda. Ustedes no tienen idea de la fuerza de estos ríos, es imposible nadar contra la corriente, y a veces el barco retrocede en vez de avanzar. Pasamos sanos y salvos por sobre una catarata y a través del “remolino del Diablo”. Tuvimos que agarrarnos fuerte y estábamos un poco nerviosos, pero ahora la peor parte del río quedó atrás.

Pero habían salido muy tarde de Iquitos. Vaca Diez debe haber juzgado erróneamente el río, aunque sus lancheros se lo habrían advertido. Lizzie parecía disfrutar del peligro y de la incertidumbre, y por fin hubo una demora durante la que podía pasar tiempo en la selva, explorando y buscando animales que describió en su siguiente carta. Tigres, por supuesto, no hay en Sudamérica, pero los primeros exploradores usaban el nombre ‘tigre’ para referirse al jaguar. Según Lizzie, estos animales, los carnívoros más grandes de Sudamérica, son buenos nadadores. El oso hormiguero, con su nariz larga, era un avistaje poco usual; los osos hormigueros gigantes no son comunes, y es probable que encontrarse con uno implicara que habían acampado sobre terreno relativamente alto. Por ‘cerdo salvaje’, Lizzie se refería al pecarí de collar; se dice que una de las especies, el pecarí barbiblanco, que busca su alimento en grandes grupos, es más peligroso en manada que un solo jaguar. La carne es buena, dijo Lizzie, sobre todo como ella la probó, acompañada de una ensalada de palmitos. El vino especial de Vaca Diez puede haber sido un

lujo importado, pero es más probable que le hubiera ofrecido a Lizzie una mezcla de aguardiente y jugo de fruta, tal vez agregando hierbas silvestres. «Un tónico, altamente recomendado, señora», habría dicho como introducción sutil.

Desde que salimos de Cumaria nos hemos topado solamente con indígenas. Han sido todos muy amables, aunque tienes que tratarlos como niños y harán cualquier cosa por una botella de bebida espirituosa. A algunas de las mujeres les di varias galletitas surtidas con caramelos encima y algunos espejitos que venían con la manteca como forma de publicidad; estaban encantadas y muy entretenidas con los espejos. Son muy salvajes tanto en su vestimenta como en sus modales.

Estuve explorando los límites de la selva y he seguido las huellas de un tigre, pero evidentemente había cruzado el río; lo seguimos hasta ahí. También encontramos las huellas de varios caimanes, pero no vimos ninguno. Un oso hormiguero pasó muy cerca: uno de los que tienen hocico largo. Cazamos los cerdos salvajes y los comemos; es la única carne fresca que tenemos excepto por las tortugas. La carne de cerdo es algo fuerte pero buena; consumida con una ensalada de palmitos, es bastante buena. No tenemos más pan ni vino salvo una bebida especial que tomamos Vaca Diez y yo. Además, nos quedaremos sin café esta semana.

Enviamos a los hombres a cazar y pescar para mantener nuestros suministros. Hemos comido bifes de cigüeña y pato silvestre y agachona. Aún no probamos mono, aunque algunos de los nuestros cazaron y comieron algunos. Se me ha perdido mi monito; lo sentí mucho, era muy cariñoso, pero ahora tenemos un cachorrillo que nos dieron en una de las aldeas como reemplazo; los dos perros grandes son amigos míos ahora que me conocen, pero sufren el calor. Pobrecitos. Me alegra decir que todos se mantienen bien de salud. Tuve un dolor de cabeza provocado por el aire de montaña, creo, pero ya estoy acostumbrada y me siento bien. He adoptado la vestimenta del país: he dejado de lado los corsés por completo y uso blusas con elástico en el dobladillo inferior, como las camisas marineras de los muchachos en la cintura. Así es mucho más cómodo y libre. Cuando regrese ya seré una buena atleta, porque tengo que trepar y saltar mucho durante nuestras caminatas.

Quiero saber cómo están todos ustedes en casa. Obviamente no hemos recibido noticias tuyas desde que salimos de Iquitos. No podemos recibir cartas hasta llegar a Orthon y ésta será la última vez que les podré escribir hasta entonces. Esperamos estar en Orthon dentro de unas seis semanas. Dejaremos nuestras lanchas en algún lugar hasta que el agua suba en noviembre. Estoy esperando con ansias el *budget* [un bolso de cuero para enviar cartas] que recibiré cuando lleguemos. Imagínense, es junio y las últimas

noticias que recibí tenían fecha de febrero. Ayer se cumplieron seis meses desde que partimos de Londres... medio año que ya pasó. Espero que todos pasen así de rápido. Ya estamos hablando de nuestro viaje a casa. No quisiera vivir en este país para siempre, aunque estoy disfrutando enormemente del viaje: es una experiencia tan importante y una que siempre anhelé.

Sigo preguntándome qué es lo que están haciendo todos ustedes. Será tan lindo poder tener una correspondencia regular; una vez por mes tendremos correo entrando y saliendo, así que tendrán que ser cartas muy largas. Ya terminé todos los libros que traje, así que por favor manden todas las revistas que ya no necesiten.

Mariposas y aves hacen que esta parte del Amazonas sea un paraíso para un naturalista. Visto que estamos cerca de las montañas, las precipitaciones y el clima son variados, resultando en un cambio entre primavera y verano. Entonces, como el nivel del río cae, miles de una sola especie de mariposa se juntan a la vez sobre el barro expuesto.

Fred está coleccionando mariposas. Ya tiene treinta, y algunas son muy hermosas. Lleva una linda barba puntiaguda ahora y se ve muy bien, y envía su cariño a todos. Es demasiado vago para escribir, eso me toca a mí.

Transmitan mis cariños a todos en casa y a todos los amigos, y pidan a todos que no se cansen de escribir. Ojalá pudiésemos ir a visitarlos al menos durante una semana. Con muchos cariños para ustedes, mis queridos papá y mamá, de vuestra hija que los quiere,

Lizzie

Las canoas han llegado pero no la lancha que falta.